

LOS ESTORNINOS



Con los primeros fríos han vuelto los estorninos a los vetustos plátanos del bulevar. Este año son más que nunca, y parecen más gordos, y producen

más alboroto. Al atardecer oigo su guirigay de escándalo y los veo revolotear en prietas bandadas que oscurecen el cielo. La gente del barrio está indignada porque ensucian las veredas, cubren los autos de cagaditas y sueltan soretes en las cabezas de los viandantes. Pero lo peor no son los excrementos callejeros, sino sus chillidos desaforados.

La Municipalidad ha tenido que tomar medidas de excepción para ahuyentarlos. Primero se habló de colocar espantapájaros en las ramas, pero el edil de *Parques y Jardines (sic)* aceptó la estrategia más eficaz: hacerles la vida imposible. Por cierto, el edil debiera llamarse de Parque y Jardines, puesto que parques no hay más que uno en la ciudad. No es muy grande, aunque tiene frondosos palos borrachos y jacarandás centenarias que en primavera, cuando florecen, son una maravilla. Jardincillos, en cambio, hay varios en plazoletas recogidas, y bulevares uno, el General Sanmartín, donde está ubicado mi apartamento. Así que Parque, en singular. Me dirán que con la joda de los pájaros es de boludos andar

con quisicosas de gramática, pero desde que María Evangelina se fue dispongo d mucho tiempo, y el manejo preciso de las palabras me parece una manera segura de ordenar el mundo. Es un lindo pasatiempo, como levantar veleros en el interior de una botella. Casi todas las semanas envío una carta al director de *La Nación* recriminándole las erratas y los anacolutos flagrantes. Una vez me publicaron una que criticaba los rótulos callejeros con plural trucho, injustificado. “Bodegas Tucumán”, “Abarrotes Asturias”, “Heladerías Parana...” ¿Vistes? ¿Por qué esos plurales? ¿No son cada uno un localito y bien petiso? Se añade la -s —decía en mi epístola al director— por presunción, como esas pibas que izan tacos de aguja para lucir cola parada, el “culo alto”, dicen los gallegos. En la peluquería donde me corto el pelo el día cinco de cada mes —el seis, si el cinco es feriado— Mario aprovechó una reforma para colocar sobre la puerta un rótulo con el ridículo MARIO, PELUQUEROS, así, en plural. “¡Pero si sos el único capo, el único figaro!”, le dije. “Hay peores macanas”, me contestó.

Cierto. La guerra contra los estorninos empezó un anochecer de luna grande. Los empleados municipales tendieron una malla de petardos entre los troncos de los plátanos y dispararon de improviso una traca infernal. El efecto fue fulminante. Yo oía en ese instante música de Haydn (me viene bárbaro a esas horas de la tarde: me calma el malestar) y revisaba a la luz del flexo la tesis de una alumna muy brillante, una mendozina con mucho talento, cuando el fragor de la pólvora me sacudió de la silla. Pensé al instante en un atentado terrorista. Como no hace ni tres semanas que esos mierdas salvapatrias hicieron saltar por los aires la sinagoga, desde entonces andamos todos la barba al hombro. Pero eran los petardos contra los estorninos. Vi por la ventana un torbellino de pájaros vaciando el aire. En su huida varios vinieron a

chocar contra los vidrios, pero se rehicieron y reemprendieron un vuelo desquiciado, sin rumbo. Sus gritos me recordaron el negro alarido de las chovas que oía de pequeño en el pueblo, cuando bajaban de los cerros para anunciarnos ventiscas y nevadas.

Acabó la traca y me invadió un silencio muy raro. La luna seguía firme y pálida, y de la calle llegaba el habitual zumbido de autos y bondi, pero la cohetería y el espanto de los pájaros me aturdieron mucho. No era malestar, sino como un coágulo de miedo que hubiera obstruido la memoria inmediata. Fui a la cocina por una Quilmes y tenía otra recién abierta sobre la mesa, buscaba un lápiz entre los papeles y lo llevaba sujeto en la boca. “Viejo, estás con la cabecita a pájaros”, me dije en broma para sobreponerme a la confusión. Me recobré. Un rato después, los estorninos volvieron y antes de guarecerse en el ramaje otoñal estuvieron mucho tiempo arremolinados sobre la arboleda, insomnes y chillones.

En días sucesivos los empleados municipales redoblaron la potencia de las tracas. Las ráfagas de petardos empezaban sobre las cinco y media y las explosiones se sucedían cada diez minutos exactos, como descargas de fusilería, como si ejecutara la tard para abreviar la agonía crepuscular. Entre descarga y descarga, los minutos me fajaban la sien como un dogal. Escribí una carta a *La Nación* titulada “Ejecuciones vespertinas”, pero luego me dio flaca, y no la envié. Ya me lo decía María Evangelina: emprendés con coraje muchas cosas, pero nunca acabás ninguna.

Pasó el veranito del membrillo y los artificieros ganaron la primera batalla. Los estorninos se retiraron del bulevar y ocuparon las acacias de Brigadier Lentini. El edil, embotado con la victoria, envió hasta allí a los coheteros. Los ecos de los petardos se multiplicaron entre las fachadas de la plaza, así que los pájaros sólo resistieron dos tardes, y a la tercera se

trasladaron al paseo de las Facultades, donde podían fortificarse con más garantías. Como en esa zona hay pocas viviendas, molestaban menos, pero pronto se advirtió que al disponer de mayor espacio raseaban sus vuelos con sesgos, muy amenazado. “Un día se abalanzan estudiante y nos lo acribillan”, me dijo la decana de Bioquímica con preocupación sincera. Hasta ahí los persiguieron los artificieros municipales. Por la tarde, el alboroto y las intermitentes explosiones de petardos hacían imposible la actividad académica. La clase era una sucesión de sobresaltos e interrupciones.

Yo imparto lecciones lunes, miércoles y jueves en Historias, en un antiguo galpón transformado en aulas. Con las primeras descargas y humaredas de la guerra contra los pájaros me acometió un vahído de nostalgia. Evoqué las algaradas en el campus, las salvas de eslóganes, las carreras, los botes de humo, los pelotazos de goma y el aullido de las sirenas. Recordé la mañana en que una acometida de los guardias nos dispersé en desbandada, tropecé con una compañera, caímos, quedé sobre su cuerpo tembloroso, casi boca con boca, sorbiéndonos el aliento, medio ahogados los dos. Vi en sus pupilas el espanto que debería estar viendo en las mías. “No te movás”, me susurró, porque veíamos a ras de suelo las botas de los milicos, a punto de aplastarnos como a dos hormiguitas. Fue así como conocía a María Evangelina.

La guerra sin cuartel contra los estorninos prosiguió por toda la ciudad. Se los desalojaba de una plaza y entroncaban refugio en una rinconada. Los echaban de Palermo y aparecían en el barrio de la Brava. Hostigados con saña, se estaban volviendo locos. Adelgazaban, perdían plumaje. Un bando descarriado invadió la sala de crónicos de la Beneficencia. Al cabo de dos semanas las explosiones vespertinas y el chillido demente de los pájaros crearon la sensación de una ciudad sitiada con francotiradores en los tejados y disparos de mor-

tero contra objetivos civiles. Hubo unos días de tregua mientras la Municipalidad libraba un crédito extraordinario para reponer munición. Los estorninos aprovecharon el armisticio para regresar a Sanmartín. Y aquí están.

Su número es más o menos el mismo, pero me parecen envalentonados. Creo que gritan con más desgarro, con mayor insolencia. Me paso horas observándolos con paciencia y perversión de *voyeur*. Me fascinan. He llegado a la conclusión de que han variado su forma de volar. Ahora despegan con más rabia y se apelonan en bandos más compactos. El edil de Parque y Jardines mandó instalar altoparlantes entre los árboles, y a eso de las cinco, a esa hora lívida de los atardeceres previos al invierno, retransmiten oberturas ruidosas de Wagner, rock curo y marchas militares, justo la música que no puedo soportar sólo oigo música clásica, y si acaso alguna, milonga, payadas, valsecitos salteños. Sin embargo, por amor a María Evangelina soporté en otro tiempo eso que llaman pop, a pesar del ruido de las guitarras eléctricas y la ramplojería de las letras. La mezclábamos con canciones Jara y Violeta Parra, ah, qué pibes éramos, todo lo mezclábamos entonces, el amor y la guerra, la poesía y las consignas, las ideas añiles y rojas. De la música militar, ni hablo. Las semanas que permanecí en Matanzas se me metió como un alambre en los oídos, aunque la oía de lejos, la ponían para tapar el grito de los torturados. Cuando María Evangelina se fue de casa se llevó todos los discos, algunos muy cotizados por los coleccionistas, sobre todo los grabados a principios de los setenta, cuando ella y yo ,ramos tan jóvenes. Y se llevó todas las violetas, y toda la jara y todos los besos.

Los gritos de los estorninos, las tracas y el estruendo de la música son un suplicio insoportable. Con razón Dante concibió el ruido como uno de los más terribles tormentos infernales. La guerra sigue y parece que los pájaros no piensan irse

del bulevar. Es probable que aguanten todo el invierno. Por el día no me molestan, pero sus chillidos me agobian cuando llega la noche. He tenido que ponerme tapones en los oídos y el silencio ha cambiado las distancias dentro de casa, los tabiques se han separado, el pasillo es más largo, el reloj del salón me parece un animal al acecho, en fin, el tiempo pasa de otra manera, justo ahora que me estaba acostumbrando a la ausencia de María Evangelina. Cuando ella se fue, las manijas sonaban más intrigantes, las puertas se abrían y cerraban con otro vaivén, los muebles se hicieron más pesados y el silencio de las alfombras más traicionero. Pero mejor olvidás aquel despiole, es lo que me digo.

Ahora salgo poco, lo imprescindible. Voy a Valvanera a dar mis clases de Historia de las Civilizaciones, salgo al negocio de la esquina, bajo a la chopería de la esquina cuando se me acaban las Quilmes, pero procuro tener provisiones en la heladera. (Cualquier día el huevón de Pochetino cambia el rótulo y pone “*Cerverías La espuela*”). El martes tuve que salir por un cartucho de tinta para la impresora, eran casi las cinco, la hora de comienzo de los bombardeos cotidianos. Tuve una visión sorprendente. Quizá fue una alucinación. Por un momento vi doblar la esquina a un tipo vestido de negro, gordo, con papada, de andares apresurados. Iba solo y llevaba en la mano como un maletín de médico. Juraría que era Hitchcock.

Leo mucho sobre pájaros. La familia de los estúrnidos es muy numerosa. Hay varios géneros científicos —*sturnus*, *lamprotornis*, *spreo*, *lamprocolius* y *apionis*—, y cada uno de ellos cuenta con numerosas especies. Gracias a esas lecturas he podido reconocer a los estorninos del bulevar. Son del género *spreo* y de la especie *hildebrandti*. Paso horas tras los vidrios del balcón, observándolos, atraído por el imán de sus cuerpos. Su cabeza, pecho y espalda es de color morado-oscuro,

con irisaciones metálicas, el vientre ocre rojizo y las alas verdes. Tienen una manchita en el cuello, detrás del occipucio. Sus ojos son dos motitas anaranjadas y en apariencia necias, pero me consta que su iris, del tamaño de una cabeza de alfiler mira el mundo controlando con exactitud las distancias. Y no sólo lo miran, lo ven. Me pregunto si se fijarán en mí, y si entre ellos comentan algo de mi aspecto, de esos ojos míos que los observan con tanta obsesión.

No sólo los observo, también pienso en ellos. Pienso en su vida minúscula, en su cabecita que se estremece como una brújula desquiciada, en sus finas patitas, en sus pasitos de ballet, siempre provisionales. Creo que les duelen las articulaciones de las patas al iniciar un vuelo brusco. A veces selecciono uno entre el coágulo de plumas que brincan y aletean, trato de seguir su revoloteo, reconocerlo entre la gregaria multitud, rescatarlo de su soledad. Se rascan mucho. Quiero decir que picotean mucho su cuerpo, bajo el ala. He llegado a la conclusión de que esta guerra les está destrozando. Puede que su instinto de conservación se esté mutando en un pensamiento de miedo. Mi afán por comprenderlos recuerda los primeros meses de amor con Maria Evangelina, cuando nos acariciábamos tanto y el miedo interrumpía nuestros besos desesperados. Eran los días de las desapariciones, las redadas de Videla, todo aquello.

A eso de las nueve disparan la última traca y desconectan la megafonía callejera. Poco después los estorninos se acomodan entre el follaje y callan. Supongo que dormirán. A mí, en cambio, me entra un desasosiego estúpido. Voy inquieto de una pieza a otra de la casa, zapeo los canales de televisión, entro en la cocina, picoteo lo que encuentro a mano, avellanas, cacao, rosetas de maíz. Bebo mucho, pero a chupitos seguidos, no como antes, cuando vaciaba una cerveza de dos tragos. Todo lo hago como a impulsos intermitentes. Tam-

bién pienso mucho en Maria Evangelina, qué hará, cómo estará, si se acordará de mí. Hace tres noches que duermo en la butaca, en cuclillas, los brazos plegados, sin moverme. Así me sorprende la luz agria de amanecer, entonces la algarabía de los estorninos me desentumece y reanima. Abro el balcón, pongo música de Mozart y me aseo a conciencia, con la metódica precisión de un cirujano en el quirófano. A media mañana pierdo un poco la noción del tiempo y caigo en una inconsciencia distraída, algo melancólica. Todo iría bien si no fuera porque lo que empezó siendo un cosquilleo en el cuello y un hormigueo en las axilas ha ido a más. Es un picor constante. Me rasco mucho, como si me espulgara. “Te comportas como un estornino”, me digo en broma.

Pero no estoy para jodas. La comezón crece de día en día. Me rasco mucho el cogote, la espalda y la parte interior de los muslos. Al atardeceres cuando el hormigueo resulta más abrasador. En el pecho y en los brazos se me están formando bajo la piel unas raicitas redondas que pujan por abrirse paso. Pedí hora al dermatólogo, es urgente, le dije a la enfermera, pero como no se trataba de una quemadura, ni de un herpes irresistible, ella se lo tomó con calma. “Señorita”, insistí, “es que se me está poniendo piel de gallina. Me van a reventar los poros, parece que vayan a brotar vástagos de pluma”. “¿Ah si?”, dijo ella con aire comprensivo, como se da la razón a un loco pacífico. Pero el doctor tenía una agenda agobiante, hasta el viernes día doce, a las 17,30, no podía recibirme. “El día doce. No se confunda de fecha”, me insistió antes de colgar el teléfono. Cómo voy a olvidarme, si el día doce es mi aniversario de boda. Pero este año qué voy a celebrar. No se qué haré, me acordaré mucho de María Evangelina, piaré por ella escocido de nostalgia, acribillado de recuerdos, hecho un estornino.